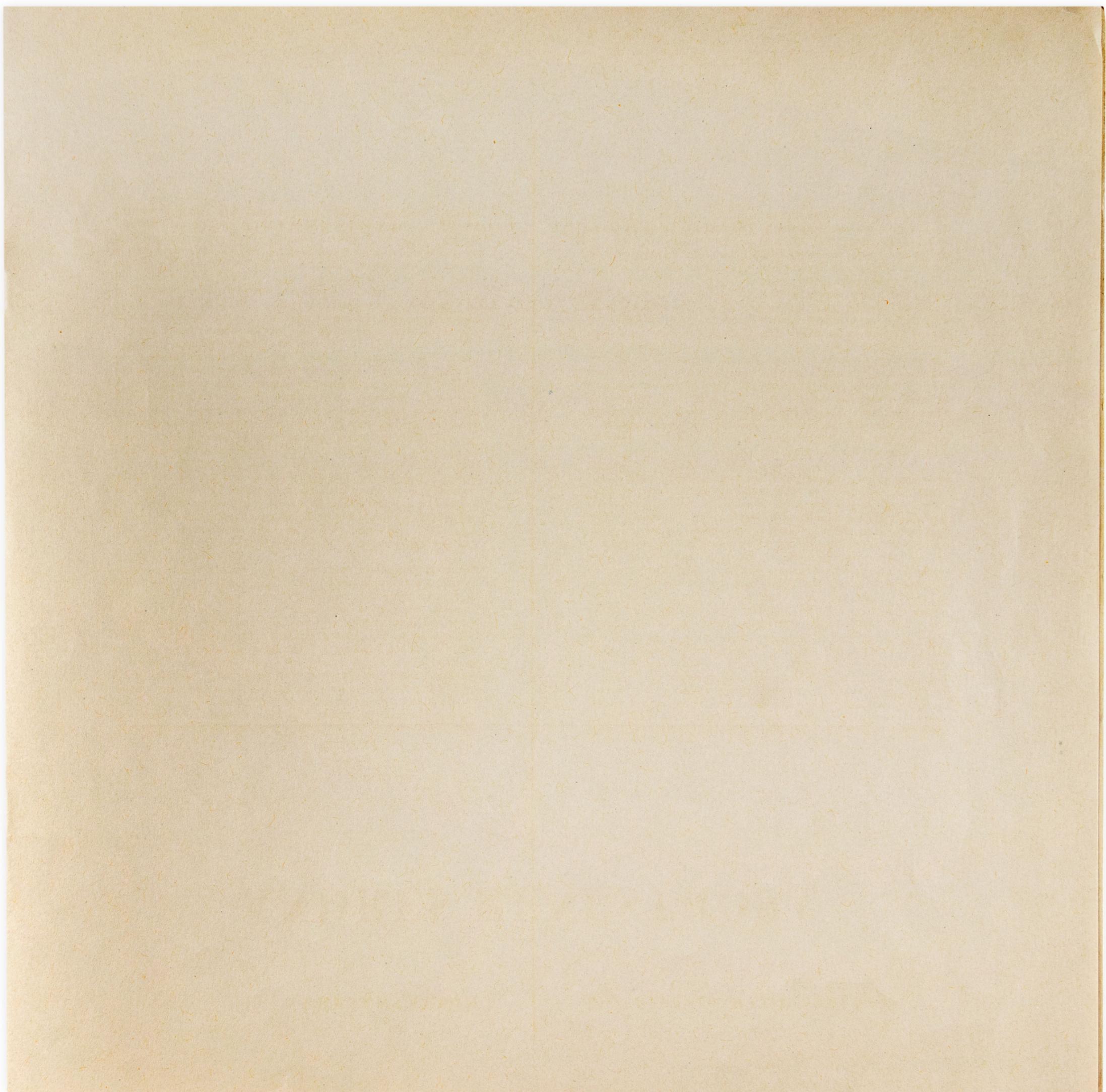


ANDRES HENESTROSA

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



PRESENTACIÓN

Andrés Henestrosa (Ixhuatán, Oaxaca, 30 de noviembre de 1906) ha llegado a la madurez como cosa de leyenda. Rompiendo la barrera de sucesivas juventudes, se acerca a los años de sosiego en plena actividad, jovial, entusiasta, generoso de sus dones, estudiante siempre. Quien lo ha tratado o leído no olvida fácilmente el sabor de simpatía vivaz y de íntima sabiduría que deja su pluma o su palabra, esa temperatura y densidad que es el premio más apetecible del ejercicio literario. Parece cosa de leyenda que el niño indio y desvalido, que hasta los catorce años sólo sabía expresarse en la lengua de su raza, haya podido, tras ávidos y cruentos años de aprendizaje, con rapidez inigualada, escribir en nítido español el Popol Vuh de su nación indígena, texto de la memoria que traducía la mitad de su alma, apremiada por la conquista de la otra mitad.

De ahí que *Los hombres que dispersó la danza* (1929), su primer libro impreso, con ediciones universitarias de 1945 y 1960, ofrezca el mundo de leyendas zapotecas que el autor vivió de niño en su propia lengua y que sea en español la primera reconstrucción de la mitología antigua y mestiza del Istmo de Tehuantepec. Se trata de los primeros ejercicios del narrador, oscilante aún entre la rica sensibilidad indígena, traducida con sencillez y seguridad, y la confiada eficacia metafórica del español recién conquistado, como lo advirtió en su día Bernardo Ortiz de Montellano. El mismo poeta señaló las concomitancias de esta obra con *La tierra del faisán y del venado* (1922), de Antonio Méndiz Bolio, y las primicias de Miguel Ángel Asturias, las *Leyendas de Guatemala* (1930), a la vez que proponía un compás de espera a la obra futura de Henestrosa, que debía ser ya más personal y original. Pocas veces, como en este caso, puede hablarse de crítica profética; y en realidad así fue.

Aquel joven oaxaqueño, que dio los primeros pasos en la lengua española apoyado en los libros con que Pedro Henríquez Ureña preparó su *Antología de la versificación rítmica* (1919), se hizo lector constante de todas las literaturas de las Españas y es hoy un conocedor profundo de ellas, por no decir un erudito, palabra que huele a viejo y a falta de agilidad, precisamente lo opuesto a Henestrosa. La práctica del periodismo lo llevó al examen de los hombres y de las ideas de nuestra cultura. Ha escrito lo del día y lo permanente. Sobre lo mexicano y lo universal. Pedro de Gante, Sahagún, Burgoa, Humboldt, Lizardi, Ignacio Ramírez, Altami-

por Ernesto Mejía Sánchez

rano, Justo Sierra, Díaz Mirón, Sarmiento, Montalvo, José Martí, Darío, Jorge Isaacs, Alberti, León Felipe y Alí Chumacero han pasado por su pluma. Ha estudiado y prologado los idearios de Juárez y de González Prada. Ha comentado a Jesús Galindo y Villa y a Francisco Bulnes. Ha reimpresso a Antonio de Cídad-Real, a Nicolás León y a José Toribio Medina. E instalado en este amplio panorama no ha dejado nunca de la mano a la tierra que lo vio nacer. La estudia, la sirve, la quiere a como dé lugar.

Así encontramos en su bibliografía títulos como estos: "Las formas de la vida sexual en Juchitán" (*Revista de Ciencias Sociales*, octubre de 1930) y su discurso académico sobre *Los hispanismos en el zapoteco* (México, 1965); así director y colaborador de *Didza* (1950-1952) o el orador oficial de *La Batalla de Juchitán* (5 de septiembre de 1866), en cuyo centenario y por ese día la población fue declarada capital del Estado de Oaxaca. Becado por John Simon Guggenheim Memorial Foundation durante 1937 en los Estados Unidos, se aplica en la investigación de los vocabularios zapotecos que se conservan en Berkeley, Chicago y Nueva Orleans. Poco después, en Nueva York, se identificaba, por indio, con el negro Langston Hughes, y lo llamaba "Lains", como sus íntimos de Harlem.

Por esta época Henestrosa había escrito ya los primeros cuatro capítulos de su relato *El desterrado*, que ha permanecido inédito y sometido a varias redacciones. Resumen de esos capítulos es el *Retrato de mi madre*, a su vez fragmento de una carta escrita en Nueva Orleans, agosto de 1937, a Ruth Dworkin, pianista de Chicago, la pieza narrativa de Henestrosa más apreciada y divulgada, que vino a consagrarlo como un maestro de la prosa epistolar al publicarse por vez primera en la revista *Taller*, fundada por Efraín Huerta, en diciembre de 1938. Desde entonces no menos de 15 veces se ha reimpresso, a partir de la primera edición individual de 1940; es quizá la pieza narrativa de México que mayor número de veces ha pasado a la letra impresa, con excepción acaso de la *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, y el *Canek*, de Ermilo Abreu Gómez, si se incluyen sus traducciones.

Entre las reimpressiones vale señalar la que se incluye en la antología de *Cuatro siglos de literatura mexicana* (1946) y la edición de "Los Presentes" (Juan José Arreola, Jorge Hernández Campos, Enrique González Casanova y el suscrito), que estuvo al cuidado de Alí Chumacero y que intencionalmente agrega el artículo de-

terminado al título original para darle categoría de texto clásico.

Los críticos e ilustradores del *Retrato de mi madre* son cosa de cuenta aparte. Dibujos, buriles o viñetas de Manuel Rodríguez Lozano, Juan Soriano, Vicente Rojo y Alberto Beltrán, nos dicen de por sí las virtudes plásticas del relato. Entre los críticos que han subrayado su valor literario están Abreu Gómez, Carlos León, Enrique González Casanova, José Luis Martínez, Luis Leal, Mauricio Magdaleno y Luis Cardoza y Aragón.

El *Retrato de mi madre* habría que inscribirlo en el género de los relatos autobiográficos, pero también en el epistolar, ya que se trata en puridad de un fragmento de carta. He aquí el primer hallazgo: equilibrio, equidistancia entre el diario íntimo y las memorias para el gran público. Así la afectividad vertida en el texto consigue un tono estratégico. Habla el yo con toda entereza, pero no habla de él en público; la carta es privada, pero se publica. Sin las efusividades de la intimidad, sin la ostentosa y fría y calculada desvergüenza de las autobiografías profesionales, tiene mucho de franca hombría y de ternura filial, vigor y sentimientos de buena ley. Estilísticamente también está a igual distancia del costumbrismo localista y del relato revolucionario; aunque ahí se describan costumbres populares y hasta se dé el texto de un romance tradicional y la Revolución Mexicana aparezca dos veces, como de puntillas. No faltan hermosas imágenes, como aquella del relincho del caballo, "pañuelo que ondeó un rato en el aire"; pero tampoco sobran. Muchas galas de la lengua se dan ahí generosamente como las emociones, sólo frenadas por el buen tino del corazón. Prosa muy lírica, en verdad, que lleva la música por dentro, al modo, en ciertos aspectos, de la *Visión de Anáhuac*, de Reyes, y del *Canek*, de Abreu Gómez.

Cabría citar entre los antecedentes de estampas maternas como ésta, las páginas de Lamartine sobre su infancia en la campiña de Milly, de *Les Confidences* (1849); los primeros capítulos de las *Mémoires d'autre-tombe* (1849-1850), del señor Chateaubriand; y los *Recuerdos de provincia* (1850), de nuestro Sarmiento, en especial los pasajes titulados "La historia de mi madre" y "El hogar paterno", donde aquella mujer fuerte que fue Paula Albarracín se nos antoja pariente cercana de Martina Henestrosa. No es de olvidarse aquella delicada *Constanza* (1921), madre del mexicano Guillermo Jiménez, y, sobre todo, el capítulo "El rayo" del *Ulises criollo* (1935), de José Vasconcelos. Tampoco los recuerdos de infancia y mocedad de Máximo Gorki.

Todo eso pudo ser, ciertamente, ingrediente, pero sólo ingrediente, nada más; nunca germen. Lo mismo puede decirse de una serie de piezas literarias publicadas con posterioridad al *Retrato*

de mi madre, con quien puede emparentarse. Cauda reconfortante de la tradición de las letras en que el *Retrato* pudo ser estímulo, punto de apoyo o de emulación, pero nunca débito desdorado, como en la *Semblanza de una mujer* (1941), de José Rubén Romero; en la *Imagen de mi madre*, del arquitecto letrado Lorenzo Carrasco (1953) o en las páginas de su colega Carlos Obregón Santacilia, *Del álbum de mi madre* (1956); en la poesía del licenciado José Miguel Quintana, *Llanto con mi madre* (1963) o en la elegíaca "Oscura palabra" de los *Poemas* de José Carlos Becerra (1965); en la semblanza materna de Fedro Guillén, *Rodeada por el sueño* (1966); y en algún "Espejo de mi madre", que yo me sé. Todo buena cosecha, como dijo el otro, y no menor, la de integrar una tradición espiritual, la de hacer camino al andar, que dijo aquel misterioso y silencioso.

Sin embargo, el *Retrato de mi madre* vive por propios méritos, como otros relatos autobiográficos del propio Henestrosa que andan por los periódicos y revistas o en ediciones de escaso tiraje, que ya es hora de recoger en volumen cerrado, entre ellos *Los cuatro abuelos*, carta a la poetisa Griselda Álvarez, escrita en Juchitán, 15 de marzo de 1960. Ambos son cartas a mujeres, parten de un mismo flujo epistolar, pero el *Retrato* está dirigido o pintado para una mujer lejana y extranjera y *Los cuatro abuelos* son referidos a otra mujer, ésta cercana y mexicana. Aunque ambas artistas, la diferencia de destinatarios impone otras simpatías, otro tono y otro sabor. *Los cuatro abuelos* tienen pasajes más líricos e íntimos, pero quizá menos la delicada templanza del *Retrato*, como que acaso resultan parientes de aquellos abuelos de Nicolás Guillén.

Estamos todavía en espera de *El desterrado*, pero otros relatos autobiográficos de Henestrosa no se han hecho esperar, algunos de ellos también en forma epistolar, como *Sobre el mi*, no la nota musical sino el simple posesivo que la generosidad de Henestrosa rechaza por cierta experiencia personal como por norma de conducta en la vida pública: es una carta al editor Alejandro Finisterre, fechada en México, 29 de diciembre de 1963. Entre el *Retrato de mi madre* y *Los cuatro abuelos* hay que situar "El temor de Dios" (*Suma Bibliográfica*, diciembre de 1947) y "Mis primos los Nieto" (*Espacios*, invierno de 1948-1949), que participan igualmente del material autobiográfico y de la calidad indiscutida del narrador. Otras páginas semejantes, quizá notas o apuntes del diario público, gozan del reconocimiento merecido de propios y extraños. *Work in progress*, no sólo documento de una vida intensa, sino congregación de briznas espirituales que hacen de la literatura algo más que el mero ejercicio literario.

5

TEXTOS

CARA I CARTA A RUTH DWORKIN*

Duración
18'54"

Para mi hermana Lina, que en los días de esta historia era como nuestra madre.

Cuando he preguntado su edad, me ha respondido que al ocurrir el cólera del 83, era ya grandecita. Con este dato, he deducido su edad. Si en 1883 tenía cinco años, que es cuando ya se puede tener memoria, ahora irá teniendo sesenta años.

Ella fue la primera hija de dos que tuvo Bárbara Pineda, mi abuela. La segunda se llamó Severina y murió muy joven. Tuvo seis hermanos, de los cuales viven cuatro. A Adrián y Crescencio, ya los has visto en foto: el que está solo y tiene un lunar en la mejilla es Chencho; el de los bigotes canos, Yán. Otro, Eustaquio, estaba en el pueblo el día que fotografié a la familia, pero mi llegada le produjo tal alegría, que habiendo tomado demasiado vino por festejarme, no estaba en condiciones de que se le retratara. Otro más, Juan, estaba de visita en México: cielo nublado y la prisa con que anduve, no me dejaron tiempo para retratarlo. Francisco y Máximo, ya va para treinta años que murieron.

Mi madre heredó el cariño de Severina, esto es, la querían dos veces. He oído decir que fue durante su primera juventud la más bonita mujer de Juchitán. Era, dicen, como la flor del pueblo. Hace algunos años, por diversión le pregunté con qué sustituían la pintura de labios y el polvo cuando fue señorita. Y me respondió: yo no tuve necesidad de esas cosas. Y creo que ello fue cierto. No tenemos en casa ninguna fotografía suya anterior al año 1917 en que hizo un viaje a una de las capitales próximas a Juchitán. Todavía entonces era muy bella. De pie, junto a una silla, una mascada colgándole del brazo, se la ve con esa arrogancia con que siempre adorna sus actos y su andar. Lo que un día dije de las tehuanas y juchitecas que caminaban en verso, que su andar era la poesía del movimiento, me lo sugirió ella. En 1932 tomamos otras fotos suyas en la capital de la República. Vieja, cansada como está, conserva en todas ellas ese gesto altivo que en ti sugirió

* Fragmento de la carta que escribí desde Nueva Orleans, en agosto de 1937, a la pianista Ruth Dworkin. Este fragmento, con el título de *Retrato de mi madre*, se ha publicado varias veces y no es otra cosa que el resumen de los cuatro primeros capítulos de un relato: *El desterrado*, que ahora, por segunda vez, estoy escribiendo. A. H.

de Andrés Henestrosa

la idea de indomabilidad. Su mandíbula, un poco salida, parece una quilla pronta a embestir la ola adversa.

Vistió, de niña, esa indumentaria que ahora sólo usan las ancianas o las mujeres muy primitivas. En rigor es el traje más auténticamente zapoteca. Los idolitos zapotecas lo atestiguan. Debió ser una fiesta ver en cuerpo niño, traje antiguo. Pasó su niñez en el rancho. Cantos de aves, flores silvestres, debieron darle la primera lección de belleza y de amor. Y el mar que en todo ha de estar presente, la primera lección de infinito. ¿No ves en su mirada lejanías? Ya adolescente vivió en Ixhuatán y en Juchitán. Asistió nueve meses a la escuela y aprendió a leer. Casada, con la ayuda de mi padre mejoró sus conocimientos y supo escribir un poco y hacer números, aunque nunca se valió de eso. Las cartas se las escribimos siempre nosotros y en cuanto a las cuentas las hacía —ahora ya no tiene nada que contar— con granos de maíz, frijol o garbanzos, con una rapidez y exactitud sorprendentes, ni más ni menos que los chinos con su ábaco. Muchas veces yo con el lápiz, ella con sus granos, me ha ganado haciendo cuentas. Entonces, satisfecha, agrega que ella será muy tonta, pero que llegada la ocasión sabe defenderse. Después ha olvidado los números, la escritura y también, un poco, la lectura. Con frecuencia la he encontrado en una labor dolorosa, intentando descifrar mis artículos. Uno principalmente, lo ha leído varias veces, no obstante que gentes de la casa se lo leyeron cuando apareció publicado. Pero ella quiso, por propio esfuerzo, leerlo, como si aquello perdiera su sentido si sus ojos, si su pequeña sabiduría, no lo descifran por ellos mismos.

En plena juventud volvió a Ixhuatán. Allí conoció a mi padre. Y fue así. Un día estaban unos jóvenes apostados en una esquina, viendo pasar a las muchachas camino del mercado, como es costumbre en aquellos pueblos al atardecer, cuando pasó mi madre.

—Allí va Martina Man —dijo alguno.

—¿Quién será el que se case con ella? —agregó otro.

—Con esa mujer no se casa ninguno de nosotros —comentó un tercero recordando su piel clara y su posición desahogada.

—Pero yo lo intentaré —dijo mi padre.

Y lo intentó. Y empezó la novela que te conté camino de la *Newberry Library*.

No duró mucho aquel amor. Doce años después mi padre mu-

rió. Mucho tiempo para el sufrimiento, pero un instante para la dicha. Dos semanas después de su entierro volvimos a Ixhuatán, a donde no pudo llegar a morir porque una sublevación de juchitecos lo impidió. Allí teníamos casa y un pequeño rancho con ganados. Durante los primeros cuarenta días, en los cuales se reza en casa ante una fingida tumba de arena y los deudos reciben el pésame de sus amistades, mi madre vivió llorando. Después se secó las lágrimas, y una gran resignación, refugio de mis dos sangres oprimidas, ocupó el sitio del infortunio.

Amparada en los brazos del marido, su voluntad, su energía, su coraje, no pudieron manifestarse en su plenitud mientras el esposo vivió. Pero los tenía cabales. Ella misma, a caballo, acompañó al caporal y a los vaqueros a traer al rancho algunos toros para pagar a don Antonio Nivón el dinero que prestó para que mi padre fuera a curarse a México. Y otro día, creo que a fines de noviembre del 13, en una carreta guiada por ella, salimos todos rumbo al rancho. La Revolución Mexicana se iniciaba para nosotros. Y allá vivimos hasta seis años sin volver al pueblo.

Mi madre se encerró en la casa grande, en la de los santos, que se dice en zapoteco, para diferenciarla de la cocina y de la casa de criados; y sólo por las noches salía para preguntar por el estado de los trabajos y para dar instrucciones acerca de lo que había de hacerse al día siguiente. Cuando una ocasión propicia la ponía en trance de explicar su estado, decía que odiaba la luz y que había encontrado un consuelo en la penumbra de su casa. Algunas noches, salía a caminar por los caminos. En voz alta llamaba a mi padre: los indios creen que los muertos no se van del todo si una gran culpa, si un gran amor dejaron en la tierra. Y Arnulfo Morales, mi padre, había dejado aquí a seis hijos y a una viuda. Y era posible que en las noches de luna volviera al rancho por verlos. Hubo quien dijera que estaba loca. Pero no lo estaba. Yo sé que estaba cuerda, que nunca como en aquellos días estuvo tan lúcida. Ninguno de sus hijos advirtió aquel drama.

Otras veces, al mediodía, abandonaba su rincón y venía a la cocina a comer con nosotros.

—Mañana comeremos juntos —anunciaba.

Y Checú Cueto se empeñaba en pescar el más rico de los peces y Valeria Biinu en guisar el más rico de los platos. Mi madre con la cabeza ceñida con un paliacate de seda negro, presidía la comida. Y todos vivíamos unas horas de fiesta. Algunas tardes, en romería, íbamos al mar que a un kilómetro de casa corre. Y en su orilla cortábamos guayabos e icacos, un fruto rojo que por allá se da silvestre y del que Darío habla con elogio en su Autobiografía. Nos bañábamos, recogíamos conchas de colores y con ellas hacíamos collares. Durante el tiempo de aguas era una delicia cortar nenúfares y mudubinas, dos flores de las que andando el tiempo iba yo a contar la dolorosa historia. Pero esto era ocasionalmente. La ley era que mi madre se pasara los días dentro de la casa, sin salir, sin comer, durante el día. Cuando estuvo curada de su viudedad, trabajó al lado de los mozos hasta que la luz rendía los ojos y la noche a dos manos repartía la plata de los astros. A caballo, a pie, recorría el campo vigilando la nacencia, o iba al pueblo por comprar maíz, frijol y otras semillas para las siembras. Sentada en la última tranca del corral, vigilaba la ordeña, la tuza, el cruce de las bestias, los herrajes. ¡Días aquellos en que yo, un niño, era el segundo, el ayudante más eficaz del caporal!

Pero la Revolución Mexicana, que entonces todavía no llegaba a gobierno, llenaba de espanto el pecho cóncavo de los días mexicanos. Y el robo, el asesinato, el estupro, eran afares cotidianos.

Y no era menester el don de profecía para advertir que nuevas desventuras se cernían sobre nuestra casa, llena de goteras. Y todos los agujeros en que hasta ayer creí y en los que aún creen mis familiares, nos repetían que todo aquel mediano bienestar iba a concluir; el canto de los alcaravanes, el retorno del hombre a caballo que cien años antes anunció la prosperidad entre mis abuelos, todo nos anunciaba que aquello era la víspera de un nuevo penar. Y otra tarde, tan triste como aquella en que salimos del pueblo, volvimos al pueblo. Nuestra casa había sido saqueada y quemada por los revolucionarios, y sólo quedaba en pie la cocina. No construimos una nueva casa, sino que acondicionamos la cocina, y en ella nos pusimos a vivir. Concurrí a la escuela, cada vez que la situación del país permitía que la hubiera, y aprendí a leer, a escribir y a recitar.

Mi madre, en viajes constantes a Juchitán en busca de medicinas para curarnos de la malaria, se puso a gastar el dinero. Hacía regalos de cuando en cuando. Y así como otros obsequian una caja de dulces y unas flores, Martina Man regalaba una yunta de bueyes y una carreta, una vaca con cría o un terreno para construir una casa. A sus ahijados, a sus hermanos, a sus sobrinos, a mi abuela, regalaba durante la feria de la Candelaria, única que se celebra en mi pueblo. Alguna vez apadrinaba matrimonios, pagando los gastos. En uno de estos matrimonios recuerdo haberla visto bailar un son; y decir los parabienes a los recién casados. Durante el matrimonio de Efraín Nieto, un primo mío, la oí recitar un romance que sólo más tarde supe que no era de nuestra invención, y que ni siquiera sabíamos bien a bien lo que las palabras significaban, porque el romance memorizado sirvió, sirve aún entre nosotros, para ocultar la pena de que no podamos expresarnos fluidamente en español.

Ya se va la recién casada
sabe Dios si volverá
adiós queridos hermanos
adiós querida mamá.
—Caballero por fortuna
¿tú no has visto a mi marido?
—Señora no lo conozco
deme una seña y le digo.
—Mi marido es blanco y rubio
su boquita muy cortés
y en la cacha de su espada
tiene un letrado francés.
—Por las señas que me has dado
yo lo vi muerto ayer:
en la guerra de Valencia
lo mató un traidor francés,
y me dejó por encargo
que me case con usted.
—Siete años le he esperado
y otros tres lo esperaré
si para entonces no viene
con usted me casaré.
Tengo mi vestido negro
y mi tápalo café
y me miro en el espejo
¡qué chula viuda iquedeel!*

* Este romance, el de "Las señas del marido", se recita y canta en varios pueblos del Istmo de Tehuantepec, con muy leves variantes. Perfectamente memorizado, sólo en el último renglón interfiere con el zapoteco. Por "¡qué chula iquedeel!", esto es, viuda junto al fogón.

Y yo que desde entonces trabajaba, sin saberlo, para ser escritor, me arrobaba ante aquel espectáculo de decir el sentimiento en rima, y sumaba mi aplauso al aplauso de los concurrentes.

Pero, ¿por qué repartía Tina Man de aquella manera sus pequeñas riquezas? ¡Ah! Lo hacía porque estaba segura de que más tarde o más temprano todo aquello iba a acabarse. Y ella, ¿cómo lo sabía? Lo sabía porque cada dos o tres noches, los rebeldes, que así se llamaron siempre los revolucionarios de México, asaltaban nuestra casa y rifle en mano pedían dinero. Y había que dárselo. Y ¿qué más? Esto: ella pensaba casarse por segunda vez y quería llegar al matrimonio pobre. Y gastaba lo que era suyo. Y lo que suponía que era de sus hijos lo gastaba en curarlos y tenerlos en el colegio. Y todo eso después de haber entregado a mi tío Adrián, para su custodia, trescientas cabezas de ganado, evitando así a su futuro marido la posibilidad de que se le reprochara el haberse casado con una viuda no muy joven, por interés.

Y vino su segundo matrimonio. Una serie de diligencias nos indicaban que pronto nos mudaríamos a Juchitán. Habíamos adquirido casa allá, y mi madre había reunido una suma de dinero para nuestros gastos en aquella ciudad. Honorato, Hono, como nosotros le llamábamos, iría a estudiar a Oaxaca, cumpliendo así el deseo una vez expresado por mi padre, de que alguno de sus hijos estudiara; y los otros, concluiríamos la primaria. Pero alguno nos anticipó la noticia de su matrimonio. Y nosotros, ciegos, creíamos que la memoria de mi padre se empañaba, y en una pequeña rebelión, decidimos anticipar el viaje. Y, una tarde, salimos de Ixhuatán. La carreta habría caminado cien metros cuando volví los ojos a mi madre. La vi con las manos sobre la cabeza, viéndonos ir. Y de un salto me apeé. Y volví a su regazo. Y le dije que no me iría, sino que me quedaba a vivir con ella. Desde ese día se estableció entre nosotros un pacto que los días han afirmado: yo veo en Martina Man, no tanto a mi madre cuanto a una amiga; ella ve en mí a un hombre que una vez no quiso desampararla. Los otros hermanos se fueron a Juchitán, y durante meses cortaron toda comunicación con ella. Aquella vez me quedé a su lado sólo por amor. Cuando fui hombre y supe entender mejor le censuré sus ocho años de viudedad y haber reñido y retirado el saludo a uno de mis tíos paternos, sólo por haberle aconsejado que volviera a casarse.

CARA II
Duración
21'07"

Una semana después se casó. Sin ruidos, sin espectáculo, tomó segundo marido. Él se llamaba Gerardo Toledo, y era persona honesta, y no le nombraban sin anticiparle el don, que es como el señor de los castellanos. Don Gerardo por aquí, don Gerardo por allá, era la ley en el pueblo. Y sumando sus vidas se propusieron trabajar. No recuerdo el tiempo, pero en Ixhuatán, todo es tiempo de siembra. Y sembrar fue su primer pensamiento. A la mañana siguiente ensillé yo mismo los caballos, el de don Gerardo y el mío. Uno al lado del otro salimos de casa rumbo a la milpa. Mi madre salió a la puerta a despedirnos y allí se estuvo hasta que, caminadas dos manzanas, dimos vuelta a la derecha. Montaba un caballo pequeño, pero muy brioso; el solo ruido de las espuelas lo inquietaba, y con sólo aflojar las riendas arrancaba. Hacia la salida del pueblo había entonces una pequeña tienda. Su dueña, una mujer maldiciente, al vernos pasar dijo en su pérfida lengua zapoteca, en la que basta una modulación para que la frase adquiriera alcances inesperados: Ahí va el novio. Y la frase aludía a tantas cosas, que hincando las espuelas en los ijares de la bestia y aflojando las bridas, irrumpí en el establecimiento. Con el comentario en la boca, la mujer se refugió debajo del mostrador, que

el caballo bañó con las espumas del freno. A mi reclamo salió el marido. Su mujer me ha ofendido y quiero verle la cara, grité. El marido aseguraba que la señora no estaba en casa, y que tal vez me hubiera equivocado. Y yo le dije, sacando el machete que todo ranchero usa al lado de la reata, que si ella no salía yo bajaría a sacarla. Con la cara llena de espanto la mujer asomó la cabeza y me dijo: Hijo de mi corazón, perdóname. Tirando de las riendas abandoné el establecimiento. Don Gerardo, en tanto, me esperaba a la orilla del río. Ni una palabra hablamos del suceso, pero en el pueblo todo el mundo lo supo. Y hasta hoy, cuando alguna vez vuelvo por allá, alguno, seguro de que nada de eso me ofende ni me apena, lo refiere cuando el alcohol hace de las suyas en nosotros.

De aquella unión nació Fernando, o Nando, como a mí me place llamarlo en recuerdo de un personaje de mis lecturas rusas. Un año después don Gerardo murió en un asalto que los rebeldes llevaron a cabo en el pueblo. Y otra vez Martina Henestrosa quedó viuda. Entonces le dije: Ahora sí tu vida se acabó. Y con un movimiento de cabeza convino en que todo había concluido. Vueltos los otros hermanos a la casa, volvimos a vivir juntos y nadie habló ni una palabra del pasado. Y otra vez, siempre que hubiera que hablar de mi pobre padre, se decía el finado o papá. Y como ya no podía volver a ser Martina H. Vda. de Morales, ni gustaban mis hermanos llamarla viuda de Toledo, dimos por llamarla simplemente Martina Henestrosa.

Del segundo marido no habló nunca. Ni la mañana de su muerte lo lloró como al primero. En rigor, en su segundo matrimonio no participaron las mismas razones que en el primero en el que sólo el amor intervino; en el segundo buscó refugio, protección, alivio. Nunca me lo dijo, pero creo que en su corazón nunca dejó de pertenecer a mi padre.

Otra vez volvió a administrar sus bienes. Después del reparto que hizo con el tío, a quien había dado el ganado al partir, apenas nos correspondieron unas cuantas reses. El cambio de querencia enfermó al ganado y retardó la parición. Y la revolución seguía en su apogeo. Los antiguos amigos, los vecinos, hasta los parientes, nos robaron. Y a la vuelta de unos cuantos años nos quedamos pobres. Pero Martina Man, no pudiendo olvidar las palabras de su marido, una noche me preguntó qué pensaba acerca de mi porvenir. Quedaban la casa, un potrero, una milpa, unas yeguas, unas cuantas cabezas de ganado y un pequeño terreno, propio para la cría de ganados. Y esto más: quedaba su bravura, su apatencia de trabajo y su disciplina de sufrimiento. O bien, quedaba el camino de México, de la Universidad, de la gloria. Para Juchitán donde dos años anduve vagando, interrumpiendo con agua y piedras el coito de los perros, salí una noche de Ixhuatán. Ibamos los dos a caballo camino a la estación del ferrocarril, mientras las estrellas familiares temblaban en el cielo. Y los grillos y los sapos y los pájaros nocturnos ceñían con un canto unánime la morena cintura de la noche. Con palabras entrecortadas me refirió cosas que yo ignoraba y que era necesario para su tranquilidad que yo supiera; me aconsejó y me dio confianza en el destino. Unos perros salieron a ladrarnos, y hablando de las cosas más sencillas atravesamos el pueblo de Reforma, respondiendo al saludo de nuestras amistades y conocidos. En la estación vendí mi caballo. La venta ya estaba convenida con anterioridad para la noche de mi viaje. Cien pesos me dieron por él. Al entregárselo a su nuevo dueño, me quedé con el freno en la mano, un freno hecho especialmente para contener su rijo. Y por diez pesos más le dejé el freno. Aca-riciándole la crin, las ancas, la cola, apoyé mi frente sobre su cuello y lloré. Y su relincho como un pañuelo ondeó un rato

en el aire. Cortaba de ese modo el cordón umbilical que me unía al rancho, quemaba la nave, derribaba el puente.

Llegó el tren y salí para Juchitán. Allí en la estación se quedaba mi madre para volver sola, a caballo, al pueblo. Al finalizar aquel año de 22, salí para la capital de México. Vino con ese motivo a Juchitán, y todos mis hermanos que ya todos vivían en la ciudad, mis primos, mis tíos y alguno que otro amigo estuvieron a despedirme. Mientras llegaba el tren, aconsejaba y acariciaba mis cabellos rebeldes que por primera vez peinaba y se empeñaba en domesticarlos con un pequeño peine. Silbó el tren. Me monté a él y estoy seguro que lloró aquella noche todas las lágrimas que ante mí contuvo. Estoy seguro porque yo me siento anclado, igual que una pequeña embarcación, a un río de llanto.

Han pasado quince años. Lejos de sus hijos, vive en Ixhuatán, y de cuando en cuando pasa temporadas en Juchitán y en México. Y hasta hoy, cuando la mañana apenas se anuncia, se levanta, toma su escoba y barre la casa, riega su jardín, adereza su desayuno, y siempre con la cabeza erguida pasa por las calles del pueblo. Cuando le preguntan por mí responde como poniendo en duda el tamaño del mundo, que estoy en un lugar que nombran Berkeley, Chicago, Nueva Orleans. Y agrega: ¡Al saber si es verdad que existen esos lugares!

CARTA A GRISELDA ÁLVAREZ

Yo tengo algo que contarte. No se trata desde luego de nada del otro mundo, sino por el contrario muy de éste, lo que es mejor. Verás, Griselda.

Yo vengo de muy lejos, como todos los hombres. De muy abajo, como el primer hombre, así que perdió el reino que Dios puso en sus manos. Si alguna vez llegó a la mesa de mi casa pan suficiente, fue sólo para que más resaltara su ausencia cotidiana. Cómo sería que hasta hoy puedo, a voluntad, reconstruir el olor del pan cuando cundía de las servilletas en que llegaba envuelto: un aroma dulce, corpóreo, nutricional. El olor de la manta, cuando la había nueva, para las sábanas y el vestido. El del regazo de mi madre, que fue mi abrigo y mi refugio.

Muy pobre fui de niño, de joven y de hombre. Si algún bienestar logré más tarde, pienso siempre que será pasajero. Por lo pronto, en nada afecta mi manera de ser más íntima. Si algunos bienes alcancé más tarde, más me apena que me ufana. Ante la pobreza ajena lloro, tal vez porque la mía propia nunca me alteró.

Yo vengo de muy lejos, de muy abajo, Griselda: gente de mi casa comprueba esos dos hechos todos los días. Una hermana mía, Isaura, no sabe leer ni escribir, porque su niñez coincidió con la mayor pobreza familiar y con los tiempos más difíciles de la Revolución Mexicana. El gusto de la gloria y de la fama que un día gocé por un instante, tenía a la mañana siguiente un sabor de ceniza, sólo porque estaban vedadas a mi familia entera. Mi nombre es más poco porque tengo que repartirlo. No digo que mi familia no tenga nada de qué enorgullecerse: hay una manera de andar "Morales" y otra de reír "Henestrosa". Algo tenían que hacer los pobres para no pasar del todo inadvertidos. No. Lo que yo digo es que no tienen nada de qué ufanarse legítimamente.

De muy lejos, de muy abajo vengo, Griselda. Lo comprobé hoy una vez más durante una visita a Santa María Xadani, distante unas cuantas leguas de Juchitán. Y esto es lo que yo te quería contar.

Ahí tienes que yo traje para la escuela municipal de aquel pueblito una media banda de guerra, esto es, cuatro tambores y cinco

clarines medianos, tan necesaria según entiendo para la instrucción cívica. Quisieron los padres de familia, los maestros, los niños, los ciudadanos todos que la entrega fuera durante una pequeña ceremonia. Estaba la escuela con el patio barrido y regado, adornada con flores que en algo disimulaban su pobreza: meramente la escuela del Chato Barrios, Griselda. Caía lumbre sobre la tierra. Bajo un árbol que apenas nos protegía estaban formados los alumnos, niñas y niños indígenas, limpiecitas sus ropas, desnudos los pies, muy arqueados el dedo gordo y el dedito que le sigue, tal vez para mejor apoyarse sobre la tierra. Desfila la bandera, mortaja de los héroes; se entona el himno, acordes con que los entierran. Del cocotal cercano nos llega el estallido metálico de un vuelo de palomas. Un latido semeja en el pecho del día el canto de la tortola.

La concurrencia es ahora más numerosa; hombres que llegan del campo todavía con el machete al hombro; mujeres que dejan un instante sus metates, el comizcal y el comal —Xadani es famoso por sus tortillas—, hacen rueda al grupo de visitantes. Entre la multitud distingo a cuatro ancianos, albeantes las camisas y los calzones, los sombreros en la mano. Dos usan bigote y perilla blanquísima. Otro barba y bigote como de lino. Uno más, como quien dice el último, barba y bigote canoso, muy recortados. Me miran con tanta insistencia y tanto comentan entre sí, que no resisto observarlos, intrigado por saber qué pueda ser lo que les llame la atención del visitante. No tardo mucho en descubrirlo. Cuando de vuelta a la casa del ayuntamiento que por esos lugares todavía suele llamarse casa real, se me acercan los cuatro para decirme que son mis parientes, primos hermanos de Fernando Henestrosa, apodado "Stiano Man": el cristiano, el castellano, el blanco Man, diminutivo que los indios hicieron de Fermán o Fernando, que no de Fernán y Fernando; de donde Man, sobrenombre de mi familia: Chenco Man, Chico Man, fueron mis tíos carnales Crescencio y Francisco Henestrosa. La última persona que lo lleva ahora es Martina Henestrosa, la Tina Man de *El retrato de mi madre*. Son, pues, mis dos abuelos blancos, los maternos; los otros, los paternos, ya se sabe que unos eran indios de la raza huave, advenedizos que llegaron del lejano confín del Perú, según sus creencias, aunque ahora los sabemos de ascendencia maya-quiché; y los otros, acaso, abisinios...

Uno de ellos, viejo de noventa años según sus equivocados cálculos, se llama —¡nada menos!— Adriano Vicente Henestrosa, apodado "el Mexu", es decir "el Mejor", pues mejor pronunciado a la manera española del siglo XVI, dio en zapoteco mexor y luego mexo y mexu. "El mejor", para significar que el blanco es mejor que el indio. Adriano, en efecto, tiene los ojos celestes, aunque la piel ya morena por el sol.

Soles me hicieron negra,
que yo blanca me era,

como en el cantar que ahora recuerdas, y recuerdo, Griselda.

No habla español este indio blanco. No sospecha la lejanía de sus orígenes, ni lo que sus sangres han tenido que recorrer antes de llegar a sus venas. Ignora que el idioma de sus abuelos fue el castellano. Adriano habla zapoteco, un zapoteco lleno de giros, de inflexiones y modulaciones antiguos. Cómo me encanta oírle contar la historia de mi familia materna, que llegó al Istmo quién sabe de dónde y desde cuándo. Adriano no lo sabe; pero Henestrosa se apellidaban el Marqués de Santillana, Garcilaso de la Vega, así el toledano como el Inca, y el virrey Bucareli. Adriano está muy lejos de saber que aun su nieto heredó el apellido, mas

ni un solo adarme del genio literario, de la palabra que ilumina como con un relámpago la oscuridad del alma.

Me cuenta que hace años murió uno de sus hermanos, el menor. Una criatura —dice—, cuyos días estaban por venir. Todavía no llegaban los días que le tocaba vivir. “Sedaru dzi gibani be”, dijo en su hermosa lengua. ¿Pues de qué edad murió?, me atreví a preguntar. Y me contestó con la mayor naturalidad del mundo: “Apenas había cumplido setenta y seis años.” Primero —dijo— se fracturó una rodilla, que tu hermano, el doctor Nando, le curó sin mayores apuros. Pero luego cometió una travesura, de funestos resultados. Adriano ríe con una risita menuda, intencionada, mientras se acaricia la piocha. Sabe muy bien que voy a caer en su trampa preguntando cuál ha sido la travesura, que en zapoteco es lo mismo que trabajo placentero, pero inútil. Se queda, pues, en espera. Nueva risita, como aquella que le oí, mejor dicho que le vi, a don Luis González Obregón en vísperas de su muerte. “Se acostó junto a una mujer”, responde candorosamente. No pudo reponerse de la convalecencia y se murió, comenta con otra risita.

5 26/1/80
Porque la mujer es cosa ponzoñosa, en ciertas circunstancias, agregó filosóficamente Adriano, haciendo honor a su homónimo. Los otros viejos sus hermanos asentían con la cabeza, con ademanes y con breves comentarios, mientras sonreían maliciosamente.

Si alguno de ellos supo leer y escribir, a estas horas lo ha olvidado por completo, lo que es una lástima muy grande, porque me gustaría enviarles algunas de las cosas que emborrono, como estos apuntes que ahora redacto, Griselda.

¿No es cierto, Griselda, que vengo de muy lejos, de muy abajo, y que en mi corazón confluyen muchas sangres?

¿No es verdad, Griselda, que este embrollo que suelo ser, es el resultado de tanta historia que en mí se junta?

¡Y luego quieren que yo sepa orientarme ante tantos caminos que se abren ante mis ojos, que yo atine la puerta, que yo dé con la palabra que busco!

Yo no he podido hacer otra cosa, Griselda, que reconciliar en mi pecho a mis abuelos, que pacificar mis sangres. Creo que con eso basta, Griselda.

